

## El síntoma y ¿después?

Una historia tan trillada que con sólo evocarla se incurre en vergüenza justificada: "¿Vas todavía a tu psicoanalista? - No, terminé. —¿Entonces ya no te haces pis en la cama? - Sí, pero ahora me da igual.».

Dicho esto, si no hay un chiste sin una verdad que revela, en este último caso esta parece todavía más manifiestamente actual, en tanto que nuestros propósitos sobre el síntoma parecen aproximarse a ella, con su incurable, su necesidad de estructura, lo que algunos tienen de más verdadero, la irreductible singularidad de un "Yo soy eso", etc. No falta ahí el "saldo cínico": en efecto, improbable para un sujeto así el que se encuentre lleno por un *partenaire* con el que compartir el lecho, más allá del tiempo estrictamente reglamentado.

¿El síntoma ocuparía entonces su lugar, revelando su función de *partenaire* efectivo de un sujeto desde siempre exiliado de la relación sexual y a quien lo real es cualquier cosa menos refugio? Es cierto que lo que se llama habitualmente los *partenaires* de la vida se muestran bastante poco fiables, y aún menos eficaces, en el lugar que se les atribuye para que ellos traten convenientemente nuestro cuerpo. El análisis permite el darse cuenta que se les pedía nada menos que lo imposible - lo que, una vez considerado, se comprueba no ser serio. Que el análisis redistribuya los vínculos de la libido es conocido desde hace mucho tiempo, pero ¿hasta qué punto los modifica? Si es relativamente fácil responder a esta pregunta desde el lugar del analista en el discurso que la determina, ¿qué ocurre con la relación del psicoanalizado bien "sintomatizado" con la Escuela -y con los otros, si es que queda alguno? La sublimación, por supuesto, pero ¿es suficiente para explicarla?

Marc Strauss